

DE GATA A WADI RUM: UN VIAJE INTERIOR.

César Flores Flores

Laboratorio Integrado de Biología Molecular, SACE-CAID

E-mail: cjegio@gmail.com

Acabo de finalizar un libro extraordinario, Campos de Níjar de Juan Goytisolo. Extraordinario por la destreza concisa y diáfana, como la luz de esa parte de nuestra geografía, con la que describe unos paisajes, una tierra y unas gentes ancladas en un tiempo que estaba próximo a finalizar. Y extraordinario sobre todo por la autenticidad con que el escritor viajero nos narra su periplo que no es sólo exterior sino muy principalmente interior, al quedar la conciencia expuesta sin prejuicios, con una mirada limpia y atenta a los avatares del camino. Un viaje interior que –ante la magnitud de lo visto y vivido, y de lo que queda por ver y vivir- se precipita por una pendiente: «La tempestad se condensaba sobre los picos de la Sierra de Gata y paralelamente sentía dentro de mí una saciedad extrema –la conciencia de haber llegado al límite-, como una cuerda que se rompe por haberla estirado demasiado». Una pendiente en cuyo oscuro final no conviene instalarse sino más bien ascender enriquecidos con un nuevo bagaje de conocimientos sobre lo que nos rodea pero ante todo sobre nosotros mismo, con la certeza de «que la angustia es mal pasajero, que hay un orden secreto que rige las cosas y que el mundo pertenece y pertenecerá siempre a los optimistas».

Me gustaría desde estas líneas reivindicar esta manera de viajar, que no es la única pero sí probablemente de las más valiosas. Frente a los frenéticos tours organizados y programados al milímetro en los que nuestra capacidad de asombro puede quedar pronto colapsada o ni siquiera llegar a avivarse, el viaje cadencioso –con sus silencios e improvisaciones- tiene la virtud de aguijar nuestro entendimiento y sumergirnos tal vez sin esperararlo ni menos desearlo en recovecos ocultos de nuestra alma. El viaje entendido como una mirada que al tropezarse con una nueva realidad es capaz de suscitar nuestro asombro, extrañeza o incluso sobrecogimiento; una mirada capaz de actuar como el detonante que nos revele verdades íntimas de nuestro ser que hasta entonces habían permanecido convenientemente agazapadas. El viaje como un peregrinaje hacia nosotros mismos.

Uno de estos viajes interiores transcurrió para mí entre las navas y canchales de Wadi Rum, el desierto que se extiende al sur de Jordania. Me dirigí allí tras haber visitado Petra, creyéndome un viajero consumado o una especie de Indiana Jones o Lawrence de Arabia capaz de enfrentarse en solitario con los más inhóspitos parajes. Sin embargo, a las pocas horas de mi llegada ya me deslizaba rápidamente por oscuros vericuetos de mi interior. Había contra-

tado los servicios de un joven guía beduino, quien me llevó a la entrada de un magnífico desfiladero de altas paredes verticales en el que me introduje con mis pensamientos como única compañía y paso inicial decidido. Pronto aquel paisaje grandioso comenzó a sobrecogerme en mitad de un silencio que se me hacía atronador, despertando la conciencia de mi insignificancia. Ardía con fuerza la hoguera cuyas primeras chispas ya habían saltado en el poblado de Rum, en donde el choque con un mundo tan distinto y extraño no había hecho sino poner al descubierto la falta de prestancia de mi espíritu.



Wadi Rum en una fotografía de principios de siglo XX.

Mi viaje interior –como mi deambular por aquel cañón- fue de ida y vuelta. El desfiladero desembocaba en una planicie tan desértica como hermosa. Desanduve el camino temeroso y lleno de congoja. Regresé y con los nervios más templados me sentí agradecido a aquellas piedras y a aquel mundo que me habían susurrado siquiera por unas horas algunas verdades de mi ser.

Para terminar, me gustaría también desde estas líneas reivindicar la necesidad de preservar y proteger estos parajes solitarios. Han pasado casi cincuenta años desde la aparición de Campos de Níjar. Mucho han cambiado las cosas desde entonces, y ahora aquella comarca disfruta de una prosperidad que ha alejado la losa de la miseria con la que tropezó Goytisolo. Sin embargo, la prosperidad actual debe ser compatible con la conservación de un paisaje que todavía hoy nos sorprende; un lugar que cuenta todavía con rincones en donde es posible perderse acaso un par de horas sin cruzarse con nadie. Su actual estado de protección como parque natural es claramente insuficiente. ¿Cuándo podremos contar con el Parque Nacional de Cabo de Gata-Níjar?